

# DE LA GUERRA DE GRANADA A LA BATALLA DE LEPANTO. PROGRESOS DE UNA ARMADA MODERNA

Enrique GARCÍA HERNÁN  
Licenciado en Teología e Historia de la Iglesia

## La guerra de Granada y Luis de Requesens

El célebre cronista Luis Cabrera de Córdoba, en su historia del Rey Prudente, nos dice que Felipe II se entretenía en las horas de descanso «con trazas de fábricas y máquinas militares» (1). Es cierto que el Monarca sentía gran afición por todo lo militar, pese a que se ha considerado que dejaba estos temas a sus expertos consejeros. Gracias a esa dedicación, la Armada española se convirtió en una armada moderna, capaz de ofrecer soluciones rápidas a problemas concretos. En nuestro reciente trabajo sobre la Armada española expusimos suficientemente esta ventajosa inclinación del Monarca; ahí dijimos que más adelante saldrían a la luz nuevos aspectos que acentuarían el papel de la Armada en el servicio a la Corona (2). Una de las mayores vicisitudes que hubo de superar el Monarca fue la guerra de Granada, ese apenas conocido período de dos años (1569-1570) de lucha sin descanso, que sin duda alguna marcó una importante etapa en el ejército de la Monarquía.

La situación militar en Granada alcanzó límites insospechados, fue terrible. El nuncio Castagna —más tarde Urbano VII—, asegura que todos los moros de ese reino se habían sublevado, excepto los que estaban dentro de la misma ciudad. El nuncio confiaba que no se hicieran fuertes en las montañas y no recibieran socorro de los amenazantes aliados turcos. En España nadie quería entrar en esa guerra, no había soldados voluntarios y no había dinero. Lejos de las costas de España, en el Mediterráneo central, un hombre, un experto soldado y marino, dará un paso adelante para desequilibrar la balanza y acabar con los sublevados. Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla, vicealmirante de la flota del Mediterráneo, había recibido la orden de que con sus galeas protegiera eficazmente las costas de levante y sometiera a un férreo bloqueo las comunicaciones con las costas de África, pero una nueva orden le forzará a presentarse en las costas de España cuanto antes (3).

---

(1) CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Historia de Felipe II*, II, Madrid, 1876, Cap. 1, p. 6.

(2) GARCÍA HERNÁN, Enrique: *La Armada española en la Monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo*. Madrid, 1995.

(3) ARCHIVO SECRETO VATICANO [ASV.]. Nunciatura de España, 4, 80. Castagna a Alejandro. Madrid, 13 de julio de 1569. Sobre Requesens véase: MARCH, José María, S. I.: *La embajada de don Luis de Requesens en Roma por Felipe II cerca de Pío IV y Pío V, 1553-1569*. Madrid, 1950, y del mismo autor *El Comendador Mayor de Castilla don Luis de Requesens en el gobierno de Milán, 1572-1573*. Madrid, 1943.

En Roma, los más propincuos al papa dominico Pío V consideraban que la guerra duraba tanto porque el Rey no había decidido contratar soldados italianos, toda vez que así se ahorraría tiempo y sobre todo dinero. El Pontífice —según el embajador Juan de Zúñiga, hermano de Requesens— llegó a decir que el fracaso se debía a la soberbia de los españoles, que les impedía aconsejar al Rey que utilizara unidades extranjeras por mucho que hicieran falta. Se maravillaba de que no emplearan italianos (4). La acusación no era cierta del todo, porque Requesens seleccionó, aunque tarde, un nutrido grupo de italianos: napolitanos y lombardos; pero resultaban pocas fuerzas para las necesidades de una guerra que se prolongaba sobremanera.

El caso es que el asunto llegó a otras cancillerías. Así, Catalina de Austria, tía de Felipe II y abuela del rey don Sebastián de Portugal, aseguraba en agosto de 1570 que la guerra ya había costado nada menos que la increíble cifra de 40.000 hombres, allende muy grandes gastos. Catalina perdió su tradicional calma habsbúrgica: «deseo que vuestra alteza dé fin a esto, de manera que no deje lugar a esa mala gente para que se fortifique y dé a vuestra alteza nuevo trabajo y le ponga en nuevos cuidados y gastos» (5).

El Monarca hizo cuanto pudo para sofocar la sublevación. El primer paso fue ordenar a Luis de Requesens que llegara a Cartagena con un potente ejército y se pusiera bajo las órdenes de don Juan de Austria para entrambos neutralizar a los rebeldes. En España, el marqués de Mondéjar, capitán general de Granada —denostado por muchos militares—, esperaba con sus tropas en Órgiva a Requesens y a don Juan de Austria. El Rey ordenó en marzo de 1569 que fueran sacados todos los moriscos del reino de Granada y trasladados al interior. Más tarde, el marqués de Vélez, apoyado por el resuelto Requesens asoló las Alpujarras. Don Juan de Austria y el duque de Sessa entraron triunfantes en Granada en noviembre de 1570.

Los primeros que relacionaron el éxito en Granada con las maniobras militares de Requesens fueron los cronistas Diego Hurtado de Mendoza y Luis Mármol y Carvajal. Este último nos ha relatado de forma sucinta lo acaecido: «cómo el comendador mayor de Castilla llegó a la playa de Vélez, y avisado del suceso del Peñón de Fregiliana determinó de hacer empresa por su persona con la gente que llevaba». Pero apenas relatan las proezas del militar para superar uno de los peores temporales de ese siglo, parecido al que sufrió en 1588 la Gran Armada (6).

Las órdenes del Consejo de Guerra, expedidas a principios de abril, eran bien precisas: «que el Comendador Mayor sin detenerse se junte con las galeras de acá y atienda a la guerra de la costa del reino de Granada y provisiones de las plazas de ella conforme a la orden que el Señor don Juan le diere o enviare».

(4) Archivo General de Simancas [AGS.] Estado [E.] 911, 124. Zúñiga a Felipe II. Roma, 16 de diciembre de 1569.

(5) AGS. E. 387, 22. Catalina de Austria a Felipe II. Xabregas, 30 de agosto de 1570.

(6) HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Guerra de Granada hecha por el rey Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. Biblioteca de Autores Españoles, 21. Siguiendo en gran parte a Mendoza, MÁRMOL Y CARVAJAL, Luis: *Rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. Biblioteca de Autores Españoles, 21.



D. Luis de Requesens. Grabado de F. Naseret, terminado por D. M. Carmona, sobre un dibujo de F. Ramos. De la obra *Retratos de los españoles ilustres*. Madrid, 1797

Requesens aprestó en Roma en un tiempo récord —algo menos de un mes— 24 galeras, embarcó en ellas más de 2.000 hombres del tercio de Nápoles, es decir, 11 compañías, pero poco experimentadas en el combate cuerpo a cuerpo, aunque a juicio de su general, que pasó revista en Civitavecchia, buenos soldados y bien armados. En el puerto de La Spezia embarcó una compañía de bisoños del Piamonte y otra de Lombardía, cuyos capitanes eran Martín de Ávila y Luis Gaitán, vituallas para 45 días, 1.500 arcabuces de los 4.000 que se habían solicitado para ser transportados hasta Málaga, y unos cuantos caballos ligeros o de galeras. Por tanto, las naves iban bien armadas, con municiones, vituallas y material de guerra en abundancia; quizá excesivamente cargadas teniendo en cuenta que debían llevar agua suficiente para una travesía de varias semanas con más de 3.000 hombres. El mayor inconveniente era que formaban una escuadra heterogénea, es decir, casi todas estaban alquiladas a capitanes no vasallos (7).

El Monarca no quiso desproteger el frente mediterráneo, porque era posible un ataque turco a cualquiera de los enclaves de la Monarquía en esa zona, así que determinó que la flota se dividiera en tres escuadras: Juan de Cardona debía proteger la navegación entre Sicilia y Cerdeña, Álvaro de Bazán controlar las costas de Nápoles y Cerdeña, y Juan Andrea Doria dominar las rutas de Génova, Córcega y Civitavecchia. Cada una de estas bandas estaría formada por unas 16 galeras. La flota de España estaba completamente empeñada en Granada, 24 galeras iban de Barcelona a Cartagena transportando hombres y materiales, además debían proteger el Estrecho, el norte de África y las Baleares. Por tanto, las 24 galeras de Requesens eran muy a propósito para dar el paso final en esa guerra.

Las unidades zarparon de Génova. La primera escala fue en Marsella, pero al llegar hizo tan mal tiempo que hubieron de permanecer allí una semana. A pesar de la climatología incierta, el comendador decidió navegar para cumplir cuanto antes con las órdenes del Rey, así que tomó rumbo al golfo de Narbona; pero le sorprendió una de las más raras tormentas de primavera. Las galeras rompieron la formación; sólo Requesens mantuvo el rumbo, estaba persuadido que le habrían seguido si las galeras no hubieran sido de particulares, sino de la Corona. Los capitanes no quisieron arriesgarse a perderlas, porque según los contratos, la Monarquía no tenía obligación de restituir las. La capitana pasó por Menorca, pero en tan malas condiciones que fue forzado echar por la borda fogón, vituallas, cordaje, parte del agua y de la ropa, y dos piezas de artillería. Aun así no pudieron tomar tierra en la isla. La única alternativa segura era dejarse llevar por el viento y alcanzar Cerdeña, pero la nave ya hacía agua por muchas partes y la dulce escaseaba, así que arriaron las velas, pusieron la proa contra el viento y comenzaron a remar con increíble fuerza. En estas lamentables circunstancias permanecieron dos días enteros, justo hasta que llegaron a Mahón. Requesens estaba seguro que el resto de las naves le habrían seguido,

---

(7) AGS. E. 912, 79. Requesens a Felipe II. Génova, 30 de marzo de 1569. Las galeras eran: 10 del duque de Florencia, 8 de Lomelín y Centurión, 2 de Estefano Mari, 1 de Grimaldo, 1 de Bandineli, 2 de Requesens.

aunque fuera con el mismo esfuerzo, si se hubieran ayudado entre ellas. De esta manera se habría cumplido el objetivo de estar en Cartagena cuanto antes. Tardaron cinco días en reparar la nave, luego llegaron a Sant Feliú y después a Palamós. Requesens quedó muy preocupado; las galeras particulares sin mando, los soldados de infantería enemistados contra los marineros, y para mayor desgracia, el maestro de campo que podía haberlo remediado iba en la capitana. Era Pedro de Padilla, que después fue adelantado de Castilla y en 1583 capitán general de las galeras de España. El comendador echó la culpa de todo a su mala suerte, al mal tiempo y a que el que navega está sujeto a estas circunstancias (8).

Las demás galeras no corrieron mejor suerte. Doce tomaron puerto en Cerdeña, en Alghero y Cagliari. Llegaron sin remos ni agua, tres naves se habían hundido. Gracias a que el Rey había ordenado a Álvaro de Bazán que se hallara en Cerdeña, las pudieron reparar y reemplazar de soldados, pues en sus galeras había tres banderas. De las otras once Requesens no sabía nada; mas su suerte fue la misma, a muchos soldados les fue forzado arrojar por la borda sus pertrechos, armas y vestidos; de 10 capitanes llegaron salvos 7. La compañía del capitán Martínez, militar que se ahogó, pasó a cargo del sargento mayor Carlos de Astillón, y una galera se hundió.

La nave de Requesens amarró en el puerto de Palamós en pésimas condiciones. Tuvo la fortuna de que el Rey le había despachado órdenes a Barcelona y había previsto que el virrey aprestara vituallas y municiones. Pero antes de poder reparar la galera un suceso vino a ennegrecer todavía más la malograda travesía. Requesens llegó agotado, sin provisiones, municiones y materiales, y para colmo enfermo. Unas fiebres le habían obligado a alejarse de la galera y recuperarse en una casa particular. Los demás oficiales, entre los cuales estaba Marco Antonio Colonna, hicieron otro tanto para descansar. Para evitar que los esclavos turcos, más de noventa, se apoderaran de la galera, quitaron los remos. Estando algunos desencadenados ayudando a reparar la nave, tomaron las armas y mataron a los soldados que los custodiaban, desplegaron las velas y aprovecharon un vientecillo para huir. Pese a que prometieron la libertad a los cristianos forzados si les ayudaban, éstos no movieron un dedo, sino que comenzaron a gritar, lo cual provocó que Requesens, Colonna, Padilla y otros oficiales tomaran las armas y se enfrentaran cuerpo a cuerpo sobre la galera. Hubo algunos muertos y muchos esclavos quedaron heridos. El castigo fue ejemplar: Requesens ordenó ahorcar a los cabecillas, tres hombres que a causa de sus heridas no podían vivir mucho tiempo; y cortó las narices y las orejas al resto de amotinados. Como los forzados se portaron bien, Requesens pidió al Rey que le permitiera libertar a algunos de ellos, porque así como daba ejemplo con el castigo, era justo que remunerara al fiel. El Rey accedió, pero subrayó que se debía castigar aún más a los alzados.

Fueron suficientes unos días en Barcelona para rehacer y reagrupar su escuadra. Llegaron provisiones de todas partes. Además de las que el Rey había previsto, se solicitó pólvora a Génova, mástiles y otros materiales para las

---

(8) AGS. E. 912, 82. Requesens a Felipe II. Palamós, 27 de abril de 1569.

E 912 Amaba, y esperare en este Puerto único, o sea días / y si  
 pasados estos el tiempo se mejorare, que el sea go de es arto  
 221111 me y se con esta galera a Barcelona a provee  
 lla de lo que falta que es arto / y despues me boluere a  
 este Puerto hasta tener nueva de las Galeras / o /  
 otra orden de S. M.<sup>a</sup> / cuya muy Real persona  
 guarde nio señor por muy largos años. *Come de Rey*  
 y por los pios paze como la cristiandad lo ha menester  
 el y los vasallos y criados de S. M.<sup>a</sup> deseamos de  
 Palamos. A xxv de Abril 1569.

de v.ing<sup>t</sup>  
 he churano a lo criado  
 que sus muy reales pies y manos besa

Don Luis de  
 Requesens

Escrito en el que Requesens comunica al Rey su ida a Barcelona para reponer materiales y vituallas. En las tres últimas líneas: «Hechura, vasallo y criado que sus muy reales pies y manos besa, Don Luis de Requesens»

galeras de Nápoles e infantería española. Requesens observó que no se debía desproveer Nápoles y Milán, así que sugirió que se enviaran tropas cuanto antes, porque creía que de sus 2.000 hombres después de la misión en Granada no volvería sino sólo 500, es decir, calculaba que un 75 por 100 se perdería. Su objetivo era ir cuanto antes a Cartagena y recibir órdenes de don Juan de Austria (9). El cuerpo de ejército de Requesens debía ayudar a Arévalo de Zuazo, corregidor de Málaga, que había salido de Vélez con 2.500 infantes y 400 jinetes; su destino: el castillo de Torrox. Pero no fue fácil para Requesens llegar hasta el punto de encuentro.

Para hacernos una idea de cómo se sucedieron los hechos y su proyección nos serviremos de la documentación jesuítica de los fondos de Roma. Cuatro jesuitas estaban embarcados en la capitana. Esta Orden ya había participado en acciones navales, en el socorro de Orán en 1558, en la campaña de Trípoli de 1560, en la conquista del Peñón de Vélez en 1564 y el exitoso socorro de Malta. Entre los religiosos destacaba el padre Cristóbal Rodríguez, un sacerdote identificado con las misiones navales, gran amigo del papa Pío V (10). El padre Francisco de Borja, general de la Compañía, quiso dejar a Rodríguez unas concisas y escrupulosas instrucciones acerca de cómo debía actuar en esta misión. Así Borja pasa por el mentor de los capellanes militares de la Armada. Según las indicaciones, lo más importante era ayudar al prójimo, enseñar la doctrina cristiana, predicar cuando le pareciera que se daba la oportunidad, conversar con caridad, edificación y prudencia. No se debía caer ni en la exagerada libertad ni en los escrúpulos superfluos, y sobre todo pacificar a los discordes. También debía ayudar cuanto pudiera al propio Requesens, y a las demás personas de calidad, «para que más pueda por tal medio servir a Dios». Los seis jesuitas estarían embarcados en una sola galera mientras fuera posible. La verdad es que debido al temporal y a la deslucida aventura esos jesuitas tuvieron más que oportunidades para cumplir con las órdenes de Borja (11).

Cuando se produjo el temporal, el general de los jesuitas estaba en Loreto. Fue perfectamente informado desde Roma por el padre Dionisio Vázquez, confesor del santo, que trabajaba en la secretaría de la Compañía. Le aseguró que en los primeros días de mayo se había divulgado por Roma la triste noticia de la dispersión de la armada; no sólo se había roto la formación sino que se había deshecho. El Papa había recibido información de lo acaecido a través de un ilustre personaje —que iba por casualidad en la armada—, el obispo de Nepe, Camilo Campeggio, enviado a España para tratar asuntos de jurisdicción eclesiástica de los reinos de Nápoles y Sicilia. Según el documento, que también fue enviado a Felipe II, su galera se había desviado hacia Sicilia, desnuda de todo abrigo, sin remos ni velas, porque todo se lo llevó la mar, incluso la caja de caudales. El obispo volvió a Roma por Sicilia sin cumplir la misión que el Papa le había encomendado. Al menos, el Rey se había librado de un

(9) AGS. E. 912, 85. Requesens a Felipe II. Palamós, 1 de mayo de 1569.

(10) MEDINA, Francisco de Borja, S. I.: «Jesuitas en la armada contra Inglaterra, 1588. Notas para un centenario», en *Archivum Historicum Societatis Iesu* 58 (1989), pp. 3-42.

(11) MONUMENTA HISTORICA BORGIA. Madrid, 1911, V, p. 57. Borja a Rodríguez. Roma, 22 de marzo de 1569.

huésped algo incomodo. Al llegar a Roma el prelado, en julio de ese triste año, ya estaba muy enfermo a causa del naufragio, tanto que al mes siguiente fue a la tumba.

Por otro conducto, un correo de Génova que llegó a Roma, se sabía que el 18 de abril a media noche, en el golfo de Narbona, se había levantado tal tempestad que las 24 naves de la armada volvieron las popas al viento, que era de poniente hacia levante, de suerte que durante dos días no hubo quien gobernara las naves; tres comenzaron a zozobrar, salvándose diez personas de una galera, la centuriona de Génova; de las otras ninguna escapó. Una era la del duque de Florencia y otra la del capitán genovés Marino. Hubo de comunicar asimismo la triste noticia de la muerte de Venegas, hermano de un padre jesuita. Calculaba Vázquez que unas 16 galeras habían conseguido tomar tierra en cinco distantes puntos de Cerdeña, pero tan deshechas que era lástima verlas; al menos se salvó toda la gente. Dos de ellas vararon en tierra y se abrieron.

La capitana, donde iban Requesens, Colonna, el hijo del conde de Miranda y otros nobles, junto con el padre Rodríguez y el resto de jesuitas, se decía que se había salvado de puro milagro. Habían podido llegar hasta Mallorca y equivocadamente creían que con otras tres galeras. Un hijo de Colonna había quedado en Cerdeña, porque se separó de la galera de su padre (12).

De esta malograda travesía también se hizo eco el nuncio en España. Monseñor Castagna, en su acertado informe a la Secretaría de Estado pontificia, asegura que 23 galeras habían sido desviadas, de suerte que sólo había llegado al puerto de Palamós la capitana, pero en malísimas condiciones. El nuncio aseguraba que España necesitaba urgentemente los infantes embarcados de esas galeras, porque ya era una necesidad absoluta frenar a los moros y sacarlos de los lugares fuertes en que se habían refugiado, pues hasta esa fecha no se había podido conseguir nada contra los sublevados (13). En efecto, el nuncio tenía razón, por tanto las recién llegadas unidades habían de encaminarse inmediatamente a su punto de destino. Mas hubo tiempo para elaborar un largo informe militar enviado a Felipe II por el propio Requesens. La situación era desastrosa. Todo se debía a la inclemencia del tiempo (14).

Requesens y sus tropas hubieron de dirigirse a Almuñecar y Vélez para dar la batalla de Fregiliana, altísimo castillo en donde se habían fortificado los rebeldes moriscos, al norte la sierra de Bentomiz y al este del río Chillar. En el Capítulo XXIV de la obra de Luis Mármol y Carvajal se dice ahorrando palabras: «cómo se combatió y ganó por fuerza de armas el fuerte de Fregiliana». No hace el autor ninguna referencia a cómo fue posible que las galeras de Requesens llegaran a su destino tan rápidamente. Simplemente hace caer en la cuenta que se trata de una gran proeza en la que apenas subraya el valor e importancia de Requesens. Se recrea, sin embargo, en el número de bajas:

---

(12) ARCHIVUM ROMANUM SOCIETATIS IESU. Fondo Gesuitico, 647, 231. Rodríguez a Borja. Roma, 7 de mayo de 1569.

(13) ASV. Nunciatura de España, 4, 68. Castagna a Alejandrino. Madrid, 3 de mayo de 1569, en Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V, 4 vols. Ed. Luciano Serrano. Madrid, 1943, III, p. 68.

(14) AGS. E. 912, 81. Requesens a Felipe II. Palamós, 27 de abril de 1569.



2.000 moriscos murieron, se hicieron 3.000 prisioneros, se incautaron muchas provisiones, que fueron quemadas; las bajas del ejército fueron 400 muertos y 800 heridos, la mayor parte italianos del Tercio de Nápoles. Se cumplieron en gran parte los pronósticos del comendador.

Pero, ¿cómo se realizó el sorprendente ataque? Requesens ordenó —un mes más tarde de llegar a Palamós— la reagrupación de todas las unidades, es decir, 1.000 hombres del Tercio de Nápoles y 800 soldados de galeras. El propio Requesens iba a la cabeza con el maestro de campo Pedro de Padilla; luego otros capitanes como Juan de Cárdenas y Juan de Zanoquera. Arévalo de Zuazo, el corregidor de Málaga, llevaba con orgullo su infantería y caballería, pero eran tropas poco experimentadas en el combate. Miguel de Moncada reconoció por la noche con 700 arcabuceros y 50 jinetes el increíble fuerte. Cinco días más tarde, después de largas deliberaciones entre los mandos, se llevaría a cabo la acometida por tres frentes, pese a que la subida era áspera y difícil, y lo peor, que no llevaban artillería y debían proteger la retaguardia, especialmente el almacén de agua. Todo debía hacerse bien sincronizadamente. La orden era la de efectuar las maniobras con el máximo silencio posible para no despertar sospechas y para que el enemigo no supiera por cuántos frentes era la acometida. Una vez cada uno en su sitio, habían de esperar el ruido de un disparo procedente de Requesens, señal del inicio de la embestida. Mas Pedro de Padilla, deseoso de destacar por su arrojo, se dio demasiada prisa en el asalto, lo cual supuso que su frente quedara más dañado, ya que las fuerzas asaltadas le hicieron resistencia fácilmente sin tener que acudir a otros frentes. Los bien protegidos moriscos llevaban arcabuces y picas, así que era prácticamente imposible el éxito. Fue entonces cuando a Requesens se le ocurrió una genial idea. Prometió la libertad a un turco de su galera si averiguaba por dónde podría ser más fácil el asalto, lo cual hizo el esclavo prontamente. Inmediatamente se efectuó el ataque con dura batalla, mas exitosa.

Efectivamente la batalla fue dura, sangrienta. Algunas moriscas fueron parte para que la conflagración se hiciera aún más violenta. Según nuestro cronista, pelearon como esforzados varones, ayudando a sus maridos, hermanos e hijos, y cuando vieron que el fuerte estaba perdido, se despeñaron prefiriendo morir hechas pedazos que caer en manos de los cristianos. En definitiva, «no hubieron los nuestros la victoria sin sangre». Entre los heridos del ejército de Requesens se hallaban Juan de Cárdenas, Alonso de Luzón y Luis Gaitán. Terminadas las brillantes operaciones de expolio, se embarcaron y se dirigieron a Málaga. Sachini, el historiador oficial de la Compañía de Jesús, nos dice que el asalto del Peñón de Fregiliana supuso un sangriento combate; los jesuitas atendieron a unos 700 heridos hospitalizados en Málaga (15).

Hemos narrado un episodio importante, apenas conocido, que muestra diáfananamente el principal papel de Requesens y la prudencia del Rey. También supuso un estupendo prolegómeno para la más brillante y mejor conocida batalla naval, la de Lepanto: la colaboración entre los mandos, unidad con el Consejo de guerra, práctica en el almacenamiento de suministros, experiencia de combate, etcétera. Pero después de Lepanto se hubo de demostrar que la

---

(15) SACHINI, V, pp. 171-179; pp. 240-241.

Armada era capaz de asumir semejante victoria, y así nos introducimos en el segundo punto de este estudio.

## El Consejo de Estado después de Lepanto

Después de Lepanto se produjo una auténtica lluvia de peticiones y memoriales que llegaron a los consejos de Guerra y Estado con carácter de urgencia. Los secretarios Antonio Pérez y Gabriel de Zayas tuvieron mucho trabajo. Un sinfín de peticiones de mercedes, concesiones, títulos, etc., eran continuamente presentados al Rey. Normalmente los secretarios ofrecían una primera contestación, pero el Rey daba la orden final, muchas veces de que se volviera a discutir en consejo. Presentamos aquí una serie de peticiones cuyas respuestas resultan paradigmáticas de una buena administración.

Un caso muy significativo es el del maestre de campo Morales. El caso de este malogrado militar pasó por el Consejo de Estado con las genéricas palabras de: «el negocio del maestre de campo Morales». Se trataba de un anciano militar que fue desterrado, por inspiración del duque de Alba, por haber permitido que la isla de Ibiza fuera asaltada tan fácilmente; en definitiva, se le acusó de no haber fortificado a tiempo el importante enclave.

Algunos años después del suceso el Rey le levantó el destierro, con la condición de no acudir ni a Madrid ni a Milán. A principios de 1571 le permitió acudir a la Corte y negociar su rehabilitación en honor y sueldo, lo cual hizo con grandísima diligencia. Fue su valedor quien antes le denostó. El duque de Alba aseguró que Morales no tenía culpa de los sucesos, sino que fue un castigo ejemplar para evitar cualquier tipo de negligencia en lo sucesivo. Los alegatos se presentaron. El maestre de campo pedía la restitución en su honra y alguna «merced» —jubilación—, atendiendo a sus muchos años de servicio.

El Consejo de Estado determinó que como se trataba de un asunto en el que habían pasado tantos años, consintió en el destierro y la sentencia pasó adelante, era bien difícil recuperar el antiguo fallo; así que lo mejor era restituirle el honor no por vía de justicia, sino por vía de gracia, es decir, hacer una declaración con palabras laudatorias acerca de su persona. La merced que se le podía ofrecer era 300 ducados de renta sirviendo en Italia o 50.000 maravedís prestando sus servicios en España, que era el sueldo de un capitán.

Antes de dar una sentencia definitiva, el Rey quiso tener delante la opinión de Alba. El duque pidió para Morales gracia y merced pues, en efecto, la sentencia fue ejemplar porque la plaza de Ibiza había sido siempre «flaca». Alba pidió al Rey que se apiadara de ese pobre hombre, le perdonara y le ayudara. Felipe II accedió: el perdón fue por patente, no en cámara de justicia, y consiguió los 50.000 maravedís de juro de por vida (16). Todo este asunto fue tratado por el secretario Antonio Pérez, y fue éste quien comunicó a Morales la satisfactoria respuesta real (17).

---

(16) AGS. E. 153, 153. El negocio del maestre de campo Morales. Madrid, 25 de marzo de 1571.

(17) AGS. E. 153. Antonio Pérez a Morales, marzo de 1571.

Aníbal de Lotaringe, secretario del cardenal Madruzzo, aseguraba que Felipe II le hizo merced en 1562 a él y a sus sucesores de ciertas tierras de siembra en Italia de por vida. En virtud de reales cédulas al virrey de Nápoles de 1564 y 1567 le dio la posesión y exequátur de esas tierras. Ahora, cuando el secretario había demostrado fidelidad a la Corona en momentos difíciles como los de Lepanto, rogaba que se hiciera el privilegio para que no hubiera dudas. El Rey accedió.

El maestre de campo Gabriel Cerbellón, fiel compañero de don Juan de Austria, expuso que al recibir orden real para ir a Sicilia no había recibido ningún tipo de sueldo, ni siquiera el que tenía sirviendo en Milán, así que pedía una inmediata indemnización. Antonio Pérez sugirió que se escribiera al gobernador de Milán para que se le pagase todo lo que se le debía. El Rey consintió, pero hizo notar que para pagarle se encontrarían dificultades, pues se le debía mucho y las arcas de Milán estaban exhaustas después de la conflagración.

Francisco de Banchi, un correo, expuso que yendo en enero de 1571 a Italia con despachos reales fue asaltado por bandoleros en Cataluña y le robaron 120 escudos. Suplicaba alguna merced por los perjuicios recibidos en el cumplimiento del deber. El secretario real creía que no había obligación de ayudarlo, porque aunque llevaba cartas reales, no fue despachado por el Rey. No obstante el Monarca ordenó que se le dieran 10 ó 30 escudos.

Juan de Alarcón, un ingeniero, fue despachado a la Corte por el general Álvaro de Sande para dar cuenta del estado de las fortificaciones de Milán. Trajo consigo algunos planos, que fueron vistos por el Rey y los miembros del Consejo de Estado. Ocurría que el plano de la fortaleza de Milán estaba todavía en manos del Consejo, y como deseaba regresar a Milán suplicó que se lo devolvieran con cierta ayuda económica, ya que se trataba de un servicio a la Monarquía. El plano estaba en poder de Antonio Pérez y éste sugirió que se le pagara en Milán, pues de allí salió la orden. El Rey dijo que se le dieran 50 ducados en Milán, siempre que no hubiera recibido nada antes. El plano se quedó en el archivo.

El alférez Jorge Mallán de Fosán, un intrépido militar, entró en riñas con un soldado a propósito de cierto juego. Tuvieron sus palabras, luego echaron mano a las espadas; el alférez mató al soldado accidentalmente. Hubo de huir inmediatamente de la ciudad, abandonó casa y familia, dejó a su mujer y a sus hijos y anduvo por otras tierras vagabundeando. Después de algún tiempo pidió que el Rey escribiera en favor suyo al duque de Saboya para que fuera misericordioso, atento a que el caso fue fortuito y a que las partes litigantes habían ya perdonado. Antonio Pérez sugirió que este caso pasara al secretario Juan de Vargas, encargado de los asuntos de Italia.

El capitán Juan Pardo había raptado a una joven mujer madrileña y se la llevó a Nápoles furtivamente. El Rey ordenó escribir al cardenal Granvela, virrey, con una requisición de los alcaldes de Madrid para que prendiesen al capitán. Granvela cumplió la orden, pero pidió para él clemencia, porque era un buen soldado. Don Juan de Austria también intercedió en su favor, atento a su brillante historial de servicios. Juan Pardo recurrió al Rey porque la parte demandante ya se había concertado por la donación de 800 ducados. Antonio

Pérez quiso que antes de pasar el caso al Rey los alcaldes informaran, y luego la Cámara de Justicia diera su opinión, seguro de que el Monarca le requeriría ambos documentos.

Sebastián del Castillo hizo llegar al Rey un memorial que más bien parece novela. Era un moro bígamo, con tres hijos y con varios hermanos. Todos se hicieron cristianos en Bujía. Dos hijos se hicieron mercedarios. La desgracia vino a la familia cuando un hermano, Diego, y un hijo, fueron presos por los moros en una galeota, que luego fue capturada por las galeras de Juan Andrea Doria en Génova. Fueron hechos prisioneros, es más, los consideraron moros y los hicieron esclavos. Ahora Sebastián suplicaba que teniendo en cuenta que Diego y su hijo eran cristianos les dieran la inmediata libertad. Antonio Pérez ofreció un donativo de 10 escudos y ordenó que se escribiera al embajador en Génova, don Sancho de Padilla. El Rey aprobó la gestión.

Dos griegos, el capitán Stamati Papadopuli y el espía Esteban Mauropoli, pidieron algunas mercedes en Italia en atención a sus importantes servicios. Antonio Pérez desvió este asunto al Consejo de Italia, porque veía que era demasiado delicado.

El capitán Andrés de Mesa aseguraba que participó activamente en el ejército durante todo el tiempo que duró la guerra de Granada, y que fue herido en la batalla de Lepanto, sin llevar ni en un sitio ni en otro sueldo alguno. Fue destinado de nuevo junto a don Juan de Austria, pero antes de aceptar la misión suplicó un sueldo, ya que en esos momentos no podía servir a su costa. El caso también se remitió al Consejo de Italia.

El licenciado Antonio Pérez, más tarde cirujano mayor de la Armada, participó en la guerra de Granada al servicio de don Juan de Austria. Ahora servía en la armada del Mediterráneo al cargo de los diversos hospitales instalados en Italia. Suplicaba una ayuda de costa ordinaria y que su mujer la pudiera cobrar en la Corte, ya que él no podía ausentarse de Italia. Fue concedido.

Un caso parecido fue el de Jerónimo de Salázar. Don Sancho de Leyva, capitán general de las galeras de España, le encomendó que se hiciese cargo de visitar juntamente con los médicos a los enfermos de las galeras para que se les diesen las medicinas y otras cosas que ellos ordenasen, y no hubiese fraude ni gastos superfluos. Así estuvo cuatro años, con satisfacción de Leyva. Ahora pedía el mismo cargo para la Armada de don Juan de Austria, para lo cual llevaba carta de recomendación de Leyva.

Nicolás Borgoñón había sido soldado de Carlos V durante muchos años. Fue preso y conducido a Argel y luego a Constantinopla, siempre como remero. Este esclavo fue liberado por don Juan en Lepanto. Después de tantas desventuras encontró un modo de ganarse la vida, pero de la misma manera pidió un sueldo por servir a don Juan de Austria en las galeras (18).

Lo cierto es que muchos que participaron en Granada, una vez conocido el éxito de Lepanto, quisieron participar en la prestigiosa Armada de don Juan de Austria, pero por medio de contratos, es decir, bajo sueldo. Se hubo de tomar una drástica medida: «Viéronse muchos memoriales de soldados y personas

---

(18) AGS. E. 1483, 288. Relación de memoriales de particulares. 1572.

particulares que piden entretenimiento cerca de la persona del señor don Juan, y en otras partes, y no pareció señalar a ninguno nada, porque cada día acuden y piden, y no se puede dar a todos». Muchos se rechazaron con alguna carta de recomendación, y a otros se les contestó que de ninguna manera. No obstante, se aceptaron algunas señaladas personas para ser criados del Rey, como don Rodrigo de Mendoza, sobrino de don Diego de Mendoza, mayordomo de Juana de Austria, hermana de Felipe II, princesa de Portugal. Don Sancho Ladrón, caballero de Valencia; don Ramón Cerdán; don Jerónimo Castelví, que se destacó en Lepanto y don Juan lo recomendó; Antonio de Zúrita, que se lució en Lepanto y quedó tuerto, recomendado por Requesens; don Antonio Osorio, hijo de Gaspar de Osorio, ayo del malogrado don Carlos, etcétera.

El marqués de Santa Cruz suplicaba ayuda para el monasterio de franciscanos que había fundado en el Viso con las pagas de los desertores y muertos sin herederos de las galeras de su cargo, para que, con más brevedad, los frailes celebrasen misas por esos difuntos. Antonio Pérez sugirió que sería mejor aplicar este dinero para algún hospital que se hiciese en Barcelona o Cartagena. En conclusión, no parecía justo lo que el marqués pedía, pero sí se aceptó que se hiciera esta fundación en Nápoles, pues los interesados eran de ese reino. En cualquier caso, era necesario el parecer del cardenal Granvela, virrey de Nápoles.

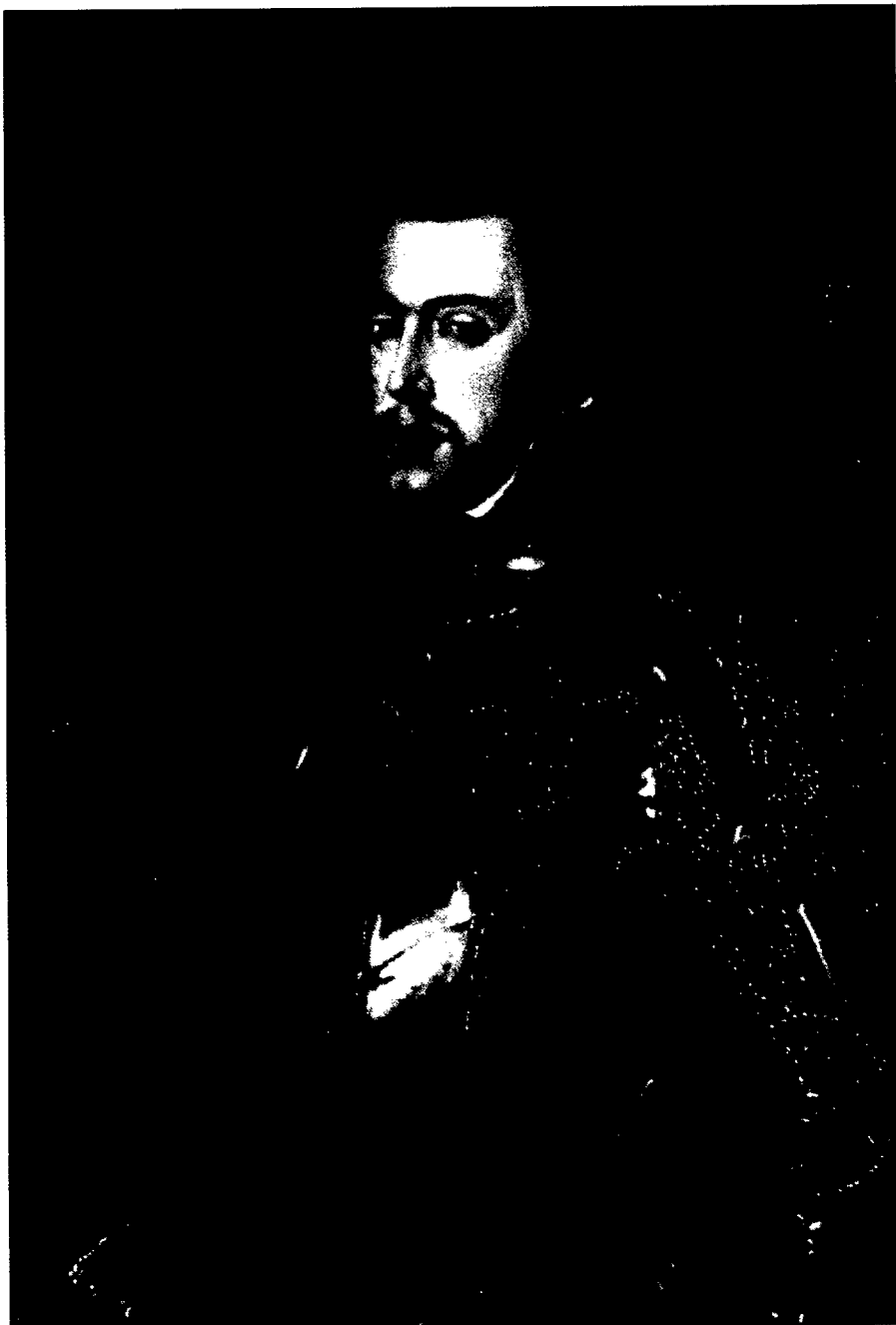
El veedor de las galeras de Nápoles, Francisco de Murillo, pedía un aumento de salario, toda vez que el trabajo aumentaba y necesitaba más oficiales, ya que el número de galeras había crecido considerablemente. Se pidió informes a don Juan, Granvela, Requesens y Santa Cruz. Respondieron todos positivamente, excepto don Juan. Requesens sugirió que se le diera el mismo sueldo que al veedor de las galeras de España, pues no era menos el trabajo. Como era clérigo se sugirió que se le diera alguna pensión eclesiástica. La respuesta era muy atinada. No se igualaba el salario, porque siempre se había pretendido mantener diferencias entre los sueldos de España, Nápoles y Sicilia, pero se le podía aumentar algo, pasar de 400 a 500 ducados. Se debe tener en cuenta que el veedor de las galeras de España ganaba 600.

El artillero mayor de la galera real, Pedro de Macedonia, refirió interesadamente sus servicios. En Lepanto fue herido en una pierna, se le quemó la cara y quedó ciego, así que no podía por más tiempo ocupar su puesto. Suplicaba que los 16 ducados que tenía de sueldo pasaran a su casa de Nápoles. Era un hombre acostumbrado a la lucha; en Los Gelves (Djerva) perdió tres hermanos. Poseía muchas cartas de recomendación, especialmente del maestre de campo don Lope de Figueroa. El Consejo determinó que era justo ayudarle. Se le entregaría la mitad de su sueldo de por vida.

El griego Dimitrio del Santre pedía algún entretenimiento en las galeras de Nápoles, atento que dejó su patria y se hizo católico. Llevaba cartas de recomendación de Pedro Galcerán de Borja, maestre de Montesa y de Sancho de Leyva. El consejo le entregó una carta de recomendación para que le contratara en las galeras de levante y una ayuda para el viaje porque era pobre (19).

---

(19) AGS. E. 1483, 289. Relación de memoriales de particulares. Para consultar a S. M. «esto he visto, y va respondido de mano de Gracián...».



Retrato de Felipe II. Anónimo del siglo XIX. Sacado del cuadro de Tiziano «Felipe II, príncipe», 1551, del Museo del Prado, del que se ha copiado el medio cuerpo. (A.G.M. «D. Álvaro de Bazán»; El Viso del Marqués, Ciudad Real)

Un episodio interesante sobre la actuación de la Armada de Felipe II después de Lepanto es el propiciado por una inexplicable espera para la prosecución del éxito. El Rey temía ataques hugonotes en Flandes y en la Navarra francesa a causa del matrimonio que se estaba preparando entre Enrique de Borbón y Margarita de Valois, alimentados por la alianza inglesa del tratado de Blois de abril de 1572. Por otro lado, la Monarquía siempre había deseado acabar con el problema turco-berberisco y la ocasión de una expedición en Argel parecía haber llegado. El Rey dispuso que la Armada de don Juan esperara en el puerto de Mesina. El Consejo debía decidir qué hacer. Las presiones pontificias y vénetas para conducir la armada a Levante eran fuertes, pero el Monarca se resistía. Una de sus primeras decisiones fue ordenar que la Armada de Juan Andrea Doria no saliera por ninguna circunstancia de Génova (20).

El embajador español en Venecia, el canónigo toledano Diego Guzmán de Silva, informó puntualmente de los disgustos del dux con la orden del Rey. En Venecia algunos pensaban que en el fondo el Rey no tenía tantas fuerzas como se pensaba, pues era incapaz de atender los compromisos de la liga santa de ir a Levante y defender sus propios estados. El caso es que en esos momentos el Rey había ordenado a don Juan que no partiera de Mesina, sino que estuviera pronto para acudir allí a donde se le ordenase.

Mientras, Guzmán de Silva recababa información sobre la situación de las fuerzas turcas. Un franciscano que había sido capturado y fue esclavo en Constantinopla conseguía llegar a Venecia con valiosísima información. Según sus datos, todos los turcos de Constantinopla temían a las fuerzas confederadas, pero se sentían seguros porque sabían que la Armada del Rey iría a Argel y no a Levante (21). Finalmente, el Monarca decidió que parte de su Armada fuera a Levante y el resto quedara en Mesina con las galeras de Andrea Doria en previsión de lo que pudiera ocurrir (22).

Las proyecciones políticas eran importantísimas. El Consejo, después de haber estudiado los despachos de Roma, las cartas del nuncio y las de los embajadores de Venecia y Florencia, quiso advertir al Rey una serie de puntos. Fueron redactados por Gabriel de Zayas. Se trata de un modelo paradigmático de su forma de gobierno. Los consejeros tratan de todos los asuntos sin la presencia del Rey, luego los secretarios redactan para el Monarca el resultado y éste les trasmite las órdenes.

Se determinaba que al nuncio Castagna y al embajador véneto les podría responder de palabra el cardenal Espinosa, presidente del Consejo, pues no convenía que lo hiciera el Rey por escrito. Espinosa, como si fuera de su cosecha, debía llamar la atención al nuncio por escribir de forma desabrida al Rey. El Rey, por su parte, ordenaba a Antonio Pérez que preparara la recepción y las respuestas que se habían de dar al nuevo embajador veneciano. No se podía decir que después de tres años el Rey no había hecho todo lo posible por la defensa del Mediterráneo. Los venecianos no podían quejarse y, por tanto,

---

(20) AGS. E. 1331, 155. Felipe II a Juan Andrea Doria. Madrid, 1 de julio de 1572.

(21) AGS. E. 1331, 77. Diego Guzmán de Silva a Felipe II. Venecia, 14 de julio de 1572.

(22) AGS. E. 1331, 157. Felipe II a Diego Guzmán de Silva. Madrid, 4 de julio de 1572.

esa no sería excusa para llegar a un acuerdo con los turcos. De hecho, cuando comenzó la guerra con la toma de Chipre, el Rey, sin haberse concertado la liga, había enviado bajo su responsabilidad 60 galeras, y una vez firmada la liga santa se había volcado con las alianzas, de suerte que hubo de ayudar a los venecianos con infantería española para sus galeras. Ahora, en 1572, temiendo el Rey por la seguridad de sus estados, con tantos enemigos encubiertos y declarados, sólo por el bien de la Cristiandad, y con los compromisos de liga, enviaba su armada a levante sin tener en cuenta lo que podría suceder, a pesar de que sólo salían ganando los venecianos. En conclusión, que el Rey acudiría a Argel o a defender Flandes sin romper la liga por eso.

Un embajador extraordinario debía comunicar todo esto al papa Gregorio XIII, y como proponer para el año siguiente la jornada de Argel era alertar a los enemigos, evitaría tratar del tema con el Papa y con los venecianos, de manera que las 50 galeras que estaban previstas para ayudar a uno de los invadidos no se pidieran, sino que se retiraran en socorro de los propios estados, ya en Flandes ya en África.

Se debía advertir a don Juan de Austria que había un gran número de franceses que servirían en esta próxima jornada en la armada de Levante, así que se podía presumir que algunos serían espías o conspiradores; por tanto, debía estar con ojo atento y hacer las previsiones oportunas, de suerte que no se pudiera recibir ningún daño (23).

En conclusión, podemos afirmar que desde que la Armada participó activamente en la guerra de Granada, especialmente con la contribución de Requesens, fue ganando en operatividad, como se demostró luego en Lepanto; que el mismo Consejo de Estado supo hacer frente a un sinnúmero de memoriales producto del éxito naval; y, por último, que la Armada supo estar al servicio de la política del momento —enviar la mitad de la flota a España—, pese a que la mayor parte de los militares deseaban desarrollar las operaciones ya en Argel ya en Levante.

---

(23) AGS. E. 483, 284. Advertimiento de S. M. para que se vea lo que habrá de responder al nuncio y embajadores de Venecia y Florencia.